

Sobre eso de independencia e independientes

El sentido de humor y el de sutileza lógica campean en aquella historieta contada por Russell:

«Tráigame una cerveza, pero sin patatas fritas», dice un señor al mozo del bar.

Respóndele el mozo: «Señor, no puedo traerle cerveza sin patatas fritas, porque hoy no tenemos patatas fritas; mas puedo traerle cerveza sin aceitunas».

I

Russell, la grande y reconocida autoridad en lógica matemática, aprovecha la historieta para dilatarse en consideraciones acerca de las relaciones entre negación y afirmación —afirmación y negación dentro de un contexto total que, a ambas, da plenario y propio sentido.

Inoportuno fuera, y extravagante, entrar aquí en finuras de lógica. Por suerte la historieta posee muchas otras virtudes, además de las de pedagogí lógica.

¿Qué más natural, a primera vista, que pedir sencillamente cerveza, dejando de lado todos esos «sino», uno de ellos provocador del otro?

Tal como está de complicado y entrtejido nuestro mundo es casi imposible pedir algo que no venga acompañado de

inclusiones y exclusiones. ¿Que no es parte del negocito, y de negocios de o con el negocito, servir con cerveza algo y algos más? Eso de «obsequio de la casa» no se lo cree nadie, ni el más bendito, por muy poca economía política que sepa.

Lo cual no quiere decir que las añadiduras, palitos, aperitivos, condimentos y tropezones no sean buenos, convenientes y legítimos.

Pero que salga uno por ahí pidiendo: «Tráigame Ud. democracia, pe o *sin* eso de “representativa”»; y pudiera suceder que el mozo le respondiera: «Señor, no puedo traerle democracia sin “representativa” porque aquí no hay eso de “representativa”; puedo traerle democracia *con* “popular”, que eso aquí sí lo hay». Pero, y ¿si el señor insiste en democrac´ a secas, pura, limpia —en «*sin* popular y *sin* representativa»?

Y aquí viene el cuento de siempre: Democracia *tiene* que ser de una especie infima y final: o popular o representativa o...

Agua electropura existe, y es invento de la civilización de ciertas ciudades; agua químicamente pura existe, pero dicen que no es digerible. Agua de buen manantial, agua natural —rica en fauna y flora congéneres con la geografía e hidrografía interiores del hombre—, cuentan que la hay, mas no se puede fiar de su vista y gusto un simple mortal, si no quiere poner a prueba eso de su mortalidad.

¿Democracia *electropura*; democracia *químicamente* pura; democracia *natural*: existen?, y ¿a qué corresponden esos adjetivos en nuestro vocabulario político? Demoremos la respuesta, y hagámosla más concreta, a la vez que más urgente con unos casos.

«Tráigame Ud. catolicismo —mas sin eso de apostólico y romano.» Imposible nos responderá no un mozo, sino el papa: «El catolicismo es, indisolublemente, apostólico-y-romano».

Catolicismo *sin* apostólico y *sin* romano. Catolicismo *sin* Roma y *sin* todos los apóstoles y evangelistas, y *sin* todos sus escritos definidos como canónicos po Roma s «protestantismo» o «cisma»...

«Tráigame Ud. u candidato a..., pero *sin* que ea... o... o... o... o... —un im le, limpio, independiente candidato, por ejemplo, a rector, a decano, a instructor... a bedel...».

Ese Ud., a quien se hace tal pedido, puede ser cualquiera de los profesores... de nuestra universidad —para no meterme en otros cotos semivedados.

No es esto lo peor; si o ¿cuántos piden, sinceramente, sin segundas intenciones que se ven a primera vista, que le presenten un candidato a rector *sin* que sea... o... o... o... de un partido político —afiliado, asimilado, afin a uno *sí*, a los demás *no*?

«Contra el vicio de pedir está la virtud de no dar» —dice un bien conocido refrán. Sólo que aquí «contra la inocencia de pedir un candidato simple, limpia e independientemente tal: un rector no más ni menos que rector, está esa que llaan obligación política de definirse por un género y una última especie.

La especie política *necesaria*, dicen, es el partido. El que o es de uno, y *contra* o *sin* los demás, es un monstruo político por defecto, algo así como renacuajo, la va o feto —o del género «epiceno», dicho con el término aprendido de niños, entendido de adultos.

Difícil cosa es demostrar que uno es ´ dependiente —en política, religión, arte, filosofía...—; y no reo que se haya fijado explícita y articuladamente el conjunto de riterios para poder, quien lo quiera, demostrar que es independiente, co dición para que, ante él, puedan otros decir «me trajeron cerveza —*sin*... *sin*... *sin*...». No es independiente quien lo quiere, sino quien puede y le dejan.

II

Comencemos por discutir, y no tragarnos sin más, eso de que para ser realmente algo —desde biología a política, a religión— hace falta estar *especificado*. Nos han metido en abeza desde niños, y durante años lo hemos enseñado tan-tos y tan os profesores, que el hombre se define po el género «animal» y por la diferencia específica «racional». Y levantando el aso a teoría general: que to a realidad e de una *especie* final, infima y propia; y, al expresarla en palabras, se la define por «género próximo y diferencia específica». Detrás y cual fon-

do lógico y ontológico, justificativo de *tener que* definirse política, religiosa, artísticamente... está la teoría lógica aristotélico-medieval de *género y diferencia específica*: la de esencias.

Admitamos, para no complicarnos la vida —quiero decir: este articulito—, que no haya más remedio que ser de una especie biológica si es que algo ha de ser hombre, caballo, rosa, araguaney... Pero, ¿por qué diantre condenarnos a ser de una última especie en política, religión, arte...: todo ello «especies» *inventadas por el hombre*? La Naturaleza nos ha hecho —y somos, con necesidad de *ser*— animales racionales; nada de *con* algo de eso sí, y *sin* algo de eso también.

Mas el arte, la inventiva humana, creó esas «especialidades» de guerrero, rey, sátrapa, gobernador, remero, piloto, arquitecto, ingeniero, ministro, católico, capitalista, socialista, rector, profesor, literato, monje, papa, general, bedel, limpiabotas, impresor, matemático, pintor, comerciante, industrial...

Se tiene que ser animal racional, mas se puede ser animal racional sin tener que ser nada de esas «especialidades».

Trocar «especialidad» en «especie» es *naturalismo*. Tan naturalismo es que excluye todo evolucionismo, paso o mutación de variedad a variedad dentro de una misma especie: de especie a especie, dentro de un género... Y, por supuesto, todo naturalismo o esencialismo excluyen invención, surgimiento o emergencia de algo nuevo.

Democracia popular, democracia representativa; catolicismo romano, catolicismo ortodoxo... no son «especies» de un género: democracia, catolicismo... Son «especialidades», inventos del hombre, del mismo estilo que auto, avión, tractor, seda artificial, lápiz, discos, altavoz..., cosas todas ellas en que las formas y propiedades naturales o específicas han quedado rebajadas a *material*; las forinas —de hierro, carbón, madera...— desaparecen en ellas no por corrupción natural sino por obra de la técnica, del arte.

El independiente en política, religión, arte... conserva lo que, *por ahora*, no puede cambiar: lo de *animal racional*; conserva la especie y la *única* especie biológica *suya*. Mas sabe distinguir lo que es *especialidad* de lo que es *especie*. Y se tiene por tan poco obligado a ser demócrata popular o católico ro-

mano o impresionista... como a ser profesor, gobernador, ingeniero, director del tránsito... Si se encuentra siendo algo de eso, *antes de* toda decisión suya lo será porque no tiene más remedio dentro del contexto en que ha nacido y tiene que vivir su especie *biológica*. Pero el independiente no se va a echar más especies encima de las que la biología física le impone. El independiente, el «especificado», lo es, y legítimamente, por decisión propia.

III

Santayana decía que para el hombre bien educado habría de ser cosa de tan mal gusto hablar de *su* religión como lo es ya hablar del color de *su* piel o de *su* mujer; y, claro está, igual norma vale respecto de hablar de la religión, color de piel y mujer del próximo.

No me atrevo a afirmar si convendría o no que en la vida pública se llegara a considerar de tan mal gusto, falta de educación y tacto hablar cada uno de *su* política y de *su* religión, como lo es ya hablar de *su* color de piel y *su* mujer.

Legítimo es serlo o tener todo eso —quien lo quisiere— como «especialidad», casi como «hobby», privados. Pero ¿por qué hablar de ello, exhibirlo, propagandearlo?

El real y no palabreramente independiente —en política, arte, religión...— se caracteriza porque libremente es o *no* es todo eso; mas considera de mal gusto hablar de ello —y procede consecuentemente.

P.D. (No sería convenientísimo que en la universidad se tomara como cosa de mal gusto aparte de inútil hablar de política, cada uno de *su* política —sin detrimento, claro está, de ser o no ser cada uno de un [*su*] partido y votar consecuentemente, mas *sin* decirlo, *sin* exhibirlo, *sin* propagandearlo, *sin* chalanear descarada o sutilmente con *su* voto.

En fin: «cerveza, sin patatas fritas y sin aceitunas».)